

**Conferencia de la presidenta del
Parlamento de Andalucía**

**Inauguración de las I Jornadas de
Cooperación Internacional**

**Palacio de Exposiciones y Congresos
de Granada
15 de marzo de 2007**



Presidencia

Buenos días.

Mis primeras palabras tienen que ser de felicitación a la Diputación Provincial de Granada, en primer lugar porque llevan ya algunos años enfocando bien las políticas de cooperación internacional, con la creación de instrumentos de coordinación que han resultado pioneros y valiosos, y en segundo lugar por la organización de estas Jornadas que vinculan a los municipios con la solidaridad internacional y que persiguen mejorar la acción solidaria de las Corporaciones Locales.

Como quiera que grandes expertos y expertas en cooperación van a intervenir a lo largo del día yo no quiero competir con ellos, si acaso a modo de introducción de esta interesante jornada quisiera compartir algunas dudas, algunas reflexiones sobre el momento que estamos viviendo.

Vivimos un momento histórico trascendente. Se podría decir que todos los son, pero a poco que se repase la historia se comprobará que no es así. De cuando en cuando en la historia de la Humanidad han surgido hitos en el pensamiento, en la tecnología en el arte o en la política que han cambiado el rumbo de las sociedades. La prehistoria dio paso a la historia antigua, la historia antigua dio paso a la edad media, la edad media dio paso a la edad moderna, y la edad moderna dio paso a la historia contemporánea. Pues bien. Vivimos un nuevo momento de tránsito.

La sociedad actual, en lo que a occidente se refiere, está alcanzando unos niveles de desarrollo tecnológico y económicos impresionantes. Se podría decir que nuestra sociedad podría producir bienes y servicios para atender plenamente las necesidades básicas del conjunto del planeta y por supuesto de nuestra propia sociedad. El nivel de nuestro bienestar –salvadas las bolsas de exclusión- no tiene precedentes, como no lo tiene nuestra capacidad de consumo, ni nuestra capacidad depredadora del medio ambiente.



Presidencia

Pero sin embargo, en un tiempo de éxito científico, económico, de paz y democracia, la sociedad desarrollada no está satisfecha, es más se podría hablar de un distanciamiento respecto a la democracia, se podría hablar de incertidumbres y de miedos al futuro que con frecuencia nos atrincheran en prejuicios y conflictividad social. Y qué decir del conjunto del mundo, nunca la brecha entre ricos y pobres ha sido tan enorme, la violencia sacude continuamente amplia zonas del planeta y las violaciones de derechos humanos forman parte del menú cotidiano con el que desayunamos o almorzamos.

¿Qué es lo que pasa?

Se abierto una nueva era, la de la tan traída y llevada globalización, y de manera explícita o implícita, todos somos conscientes de las oportunidades y amenazas que lleva aparejada.

Si la política desde el siglo XIX intentó poner coto al mercado para propiciar la igualdad de oportunidades entre seres humanos que el mercado no genera, en esta nueva era, el mercado se ha vuelto a escapar por elevación alcanzando dimensión global, y la política se ha quedado atrás, incapaz todavía de hacer frente institucional o legal al nuevo poder del mercado global que ha emergido.

El mercado es global, la democracia no. Eso significa que el dinero no tiene fronteras, y la ciudadanía sí. O lo que es lo mismo el poder económico, el poder no democrático vuelve a ser más poderoso que el poder de la ciudadanía.

Y que nadie vea en mis palabras una regresión ideológica, una aversión simple a lo que representa el mercado. A estas alturas tenemos muy claro que la iniciativa privada necesita calles anchas para correr y es bueno que las tenga, pero la iniciativa pública debe conseguir que por esas calles anchas puedan correr todos. Y esta declaración vale para el ámbito local, el regional, el nacional y el internacional.

No hay más solución que empezar a construir una ciudadanía global, una democracia global que vuelva a iluminar las zonas más oscuras del mercado. Por encima de la mano invisible debe estar la mano visible de los ciudadanos votando, es decir eligiendo, ordenando para compensar las desigualdades.



Presidencia

Suelo decir que a la necesidad de una democracia global se puede llegar por razones altruistas o por razones egoístas. A las altruistas me referiré más tarde, pero comenzaré refiriéndome a las egoístas.

Y es que los efectos negativos de la globalización no se quedan en los países empobrecidos, donde el mercado se ensaña de manera escandalosa, la dimensión no democrática de la globalización extiende sus efectos negativos a nuestra propia sociedad generando esa angustia, esa insatisfacción a la que me refería con anterioridad.

La deslocalización de las empresas es un nuevo fenómeno que nos muerde continuamente (Delphi) y al que de momento no autoridad laboral global que pueda controlar.

Hoy hablamos de pandemias, como la del sida, que si no se remedia acabará extendiéndose nuevamente en nuestra.

Enfermedades y riesgos alimentarios circulan por los frigoríficos de las grandes cadenas multinacionales da igual donde se produzcan.

El cambio climático amenaza a todo el planeta y no hay frontera o riqueza capaz de evitar que nos afecte.

El terrorismo alcanza dimensión global y nos ataca en el corazón de nuestras opulentas ciudades desarrolladas.

La delincuencia escapa a la policía nacional, y hace necesaria alianzas internacionales para combatirlo.

La eclosión migratoria huyendo del mundo atroz que hemos creado en Afrecha por ejemplo se percibe por muchos como una amenaza.

Nunca hubo más oportunidades para la información y el conocimiento, y sin embargo la manipulación y la canalización de buena parte de nuestra actividad comunicativa, nos aleja de una sociedad más cívica, mejor formada, con más valores, más firme en la defensa de los derechos humanos.

Los valores humanistas no terminan de arraigar y la felicidad que predicaba Sócrates sigue ausente en buena parte de nuestra vida cotidiana.



Presidencia

Ninguno de estos nuevos problemas pueden abordarse desde las instituciones clásicas nacionales.

Y es necesario que la gente reaccione y sitúe en sus prioridades, en sus exigencias políticas soberanas esta agenda de asuntos globales que en realidad son locales porque nunca lo internacional fue tan local como hoy.

Pues bien, he citado algunas razones egoístas para reaccionar, pero afortunadamente hay quien lleva mucho tiempo practicando desde el altruismo la ciudadanía global a la que me refiero.

Creo que el movimiento de cooperantes, que las organizaciones de ayuda al desarrollo han sido los pioneros, han sido los primeros ciudadanos conscientes de que el porvenir de los demás nos atañe como seres humanos. Creo que la red de cooperación internacional constituye la primera ciudadanía global del planeta y tenemos mucho que aprender de ellos y de ellas.

Porque más allá de la actitud valiente y generosa de quienes dedican su talento y sus recursos a hacer el bien, es una actitud inteligente, es una visión amplia del mundo nuevo en la que ellos y ellas juegan ya un papel determinante de sensibilización y de acción directa.

Sólo me preocupa que por parte de esa ciudadanía global se piense -como en alguna ocasión me han confesado- que la política es inútil.

El gran mensaje del mercado es que la democracia no sirve... está claro, es su enemiga a batir, y el mercado tiene demasiados altavoces, demasiado poder de convicción y de manipulación.

Tal vez hoy ya no nos hallemos ante la mano invisible que defendía Adam Smith, sino ante una voz invisible que nos aliena y nos confunde.

Por eso, mi insistencia en que la política tiene que cambiar, que la democracia tiene que superar su escala actual y ser más eficaz en la solución de los problemas universales que hoy nos afectan a todos por igual.



Presidencia

Creo que hay que superar viejos modos y viejos discursos y que hay que revisar muchos planteamientos, pero sé que fuera de la democracia, fuera de las ideologías que de una y otra manera beben del humanismo, fuera de la acción política, es decir del poder de la gente, solo hay otros poderes que jamás solucionarían los problemas.

Decía Delors aquello de pensar en lo global y actuar en lo local. Por eso me parece un acierto coordinar, sensibilizar a los Ayuntamientos en materia de cooperación internacional, pero voy más allá, los Ayuntamientos tienen palancas en razón de cercanía para ir sembrando la conciencia ciudadana de nuevos valores. Hay que hacer mucha pedagogía para vencer esta borrachera de riqueza y desarrollo que nos vuelve insolidarios y a la larga más infelices y vulnerables. Desde lo local, no basta con cooperar puntualmente, que ya es meritorio, hay que poner en marcha agendas locales de sensibilización ciudadana, apostar por la educación de la ciudadanía, propiciar cambios de actitudes que nos hagan mejores. Y no seré yo quien quiera gravar aun más los escasos recursos de la mayoría de los Ayuntamientos, solo hablo de un cambio de enfoque, solo hablo de invertir en ideas.

No podemos permitir que la solución a los miedos que hoy siente la ciudadanía sea la bunkerización de las sociedades ricas, porque además de inmoral sería absolutamente inútil.

El mundo sólo avanza cuando se comparte el bienestar. No hay mejor remedio a los integrismos que el desarrollo. No hay mejor política de inmigración que la creación de unas condiciones de mercado internacional de trabajo fluidas y racionales, que permitan la movilidad pero que atajen en origen los éxodos que se están produciendo.

Experimentos políticos globales como ONU, o como los Tribunales Internacionales con sus éxitos y sus fracasos nos demuestran que es necesaria una legalidad internacional, unas reglas de juego por encima de los que prefieren jugar sin reglas.

La Humanidad se enfrenta al dilema de escoger entre la ley del imperio, hoy uno, mañana otro o escoger el imperio de la Ley en el sentido más noble y humanista de las leyes.



Presidencia

La única seguridad en la que puede florecer la paz y el bienestar social se ha llamado desde el siglo XIX el Estado de Derecho, y creo que el siglo XXI es un buen siglo para pasar del Estado de Derecho al Mundo de Derecho.

Por eso y termino, creo que impulsar las políticas de cooperación internacional al desarrollo es necesario, imprescindible en el corto plazo, pero espero que sea transitorio. Tal y como hoy están concebidas se podría decir que ponemos parches, actuamos con los pobres del mundo, como hace treinta años actuábamos con los pobres locales, en una especie de sistema arbitrario de beneficencia.

La democracia nacional ha conseguido cohesionar a las sociedades nacionales. La democracia global tiene que cohesionar a la sociedad internacional. Por encima de la cooperación o la ayuda humanitaria coyuntural hacen falta políticas de cohesión estructurales.

Todo esto no es una quimera. Es absolutamente posible. En el ámbito de nuestra cultura europea hemos conseguido vencer a muchos monstruos, el de la esclavitud, el de la intransigencia religiosa, el de los poderes absolutos y las dictaduras, se superaron la explotación de los campesinos y de los obreros, estamos superando el matriarcado y su legado de subordinación para las mujeres. Y todo se consigue cuando la gente corriente se da cuenta del inmenso poder que puede desplegar desde sus exigencias cívicas y políticas.

Estamos ante un nuevo desafío. Y la ciudadanía tiene en su mano, en su voto, en su capacidad movilizadora, en su sentido crítico pero constructivo el poder para superarlo. En este plano los cooperantes tienen un papel de liderazgo social y moral.

No será fácil, pero tampoco imposible.